

Puntos de Con-Tacto

Imaginarios con potencia frágil¹

Fefa Vila Núñez

Universidad Complutense de Madrid / mjvila@ucm.es

<https://doi.org/10.57149/re-visiones.11.4>

Resumen

Este artículo explora el tacto, el contacto y su ausencia como formas y posibilidades de la sensibilidad en general y de la construcción de una subjetividad y un ethos político del cuerpo, de los cuerpos. Esta reflexión se hace a través del diálogo que establecen un conjunto de prácticas artísticas que confluyen en la exposición *Con Tacto. Políticas y poéticas de la tocabilidad* que tuvo lugar en la Universidad Miguel Hernández en Elche en 2021. El conjunto de las obras que dialogaron en esta exposición opera como un interrogante en torno al trauma personal y social que hemos estado transitando con la covid, y sobre la forma en que son expuestos los cuerpos, en su tocabilidad y en su distanciamiento. Los interrogantes de partida tomaron cuerpo principalmente a través de la experiencia vivida y transmitida del subalterno; de la feminista, de la queer, de la bollera, del enfermo, del trans*, del negr+, del migrante, del marica. A través de la imaginación que despliegan estas criaturas salvajes, nos quisimos preguntar sobre la posibilidad de reinventar la figura humana en el espacio mismo de una comunidad quebrada, herida y, en última instancia, atravesada históricamente por el trauma.

Palabras clave

piel; trauma; covid; subjetividad; prácticas artísticas; prácticas políticas; poética; imaginación.

La democracia es el tacto de la masa²

Durante este tiempo dominado por la pandemia han sido much+s l+s autor+s que han subrayado el carácter ontológico del ser vivo, de nosotr+s y otros, como seres vulnerables, interdependientes y finitos. Ser un ser para otro o a causa de otro se convertía en el centro de la discusión, a la vez que se clausuraba el contacto. Judith Butler había utilizado el término ex-tático³ para referirse a esa condición de existencia que hace estar fuera de uno mismo y de agudizar el extrañamiento. Estamos desposeídos por los otros en un sentido existencial, ya que somos interdependientes e interrelacionales a los vínculos que tejemos, sembramos y construimos juntas, lo que nos expone literalmente a los demás y con los demás. El filósofo francés, recientemente fallecido, Jean-Luc Nancy nos dirá que el

contacto con el otro es el que en definitiva supone y nos lleva al advenimiento de la subjetividad⁴ y, para él, si bien creamos mundo a través del lenguaje, es en el tacto, en el mismo hecho de tocar, donde acontece la comunidad. Encontraríamos en el tacto el origen mismo de lo que denomina una "singularidad plural": tocamos, nos tocan, rozamos a la otra, somos conmovidos por un cuerpo ajeno. Nuestra singular individualidad, con apenas un roce, un simple acercamiento del otro, deviene plural, se abre al encuentro con los demás, se fragmenta en pedazos y emprende el camino de la imposibilidad en la crisálida del yo. No puedo tener relación conmigo mismo, afirma Derrida, con mi "estar en casa", más que en la medida en que la irrupción del otro ha precedido a mi propia ipseidad⁵. Porque el otro siempre irrumpe, de manera inesperada e imprevista, como el deseo y el amor que nos invaden y nos atraviesan, aun cuando no lo queramos o no sea el momento esperado y adecuado. En esa hospitalidad-hostilidad originaria de la piel del roce con el otro, también cifra Malabou, al igual que Derrida, la posibilidad de la ética y, por consiguiente, la condición de lo político. Estamos condenados al otro y solo como seres entregados a los otros es posible crear comunidad. Somos en tanto que nos exponemos al otro. Entrelazados y enroscados, los unos con los otros, somos siempre sipoiéticos, nunca autopoiéticos, como ha querido soñar arrogantemente la subjetividad moderna antropocénica, nos reitera Donna Haraway a lo largo de su obra más reciente⁶. Didi-Huberman, nos dirá⁷ que los cuerpos son doblemente afectados y afectivos: nuestros cuerpos son afectados, es decir, precarios, vulnerables por el miedo y la incertidumbre y la inseguridad, pero también son asimismo cuerpos abyectos, amenazantes, que pueden dañar y vulnerar al otro, en un despliegue taxonómico y jerarquizado de marcas corporales, donde la raza, el género, la masa y las funciones físicas, la edad, etc., establecen las posibilidades de la herida, del trauma.

En este nuevo escenario, el definido por la pandemia, sanitariamente bioseguro y bajo control biopolítico, es evidente que todxs hemos devenido en mayor o en menor medida en seres abyectos, indeseables, intocables; sospechosos de llevar el virus latente en nuestro interior, lo que nos convierte en cuerpos impuros, manchados por el posible mal. Tocar procede de *tangere*, la misma raíz latina que aparece en el verbo "contaminar" — *con-tangere*—, y aunque tod+s estamos sometid+s a la dialéctica tocar/ser tocado, solo somos susceptiblemente vulnerables en la precariedad, puesto que es en esta última donde se produce una distribución desigual de la vida política que sostiene los cuerpos. Y no todos los cuerpos son iguales. Esta desigualdad, en demasiadas ocasiones extrema, es la que nos saquea a través de muchas violencias. La precariedad, por lo tanto, se materializa en la dermis misma, en la fragilidad somática que nos constituye, pues, tal como nos recuerda una vez más J. Butler, "es en lo corporal donde tiene lugar el sufrimiento político"⁸, es en superficie donde las marcas nos recuerdan la historia de quienes somos, donde la memoria queda inscrita.

¿Qué tipo de vulnerabilidades comienzan a gestarse en esta nueva cartografía política marcada por el alejamiento y la separación? ¿Cómo construiremos alianzas? ¿Desde que materialidades afectivas podremos construir otras materialidades que no estén tabicadas, aisladas, cerradas, a base de mascarillas, guantes y espacios sociales fragmentados, que no respondan al espacio del hogar burgués de donde las mujeres salimos escopetadas y que se refuerza como un lugar de bioseguridad frente a un afuera hostil? Ni goce ni roce: espacios clausurantes y cuerpos que se alejan. De casa al trabajo y de la oficina al hogar, se activa la cadena producción-reproducción sin ningún atisbo de sabotaje en su engranaje. Incluso la infancia era reducida y el juego literalmente prohibido. Ni golfas, ni putas, ni ravers pueden explorar los secretos que alberga la ciudad, la noche desaparece silenciosa en una repetición mecánica que estandariza un presente petrificado. El deseo y el cuerpo afectivo se repliegan. Producir sí, pero placer no. Se cierra al mundo en una constante desinfección e higienización que corroe la dermis y la epidermis, que elimina lo que fuimos instaurando una pulcritud construida bajo la sospecha del otro.

¿Qué hacer, si la vida ha devenido en deambular por lugares extraños en un proceso de descomposición, de nuestra propia experiencia, de erosión de nuestra propia piel? Suely Rolnik, desde su pensamiento psicoanalítico, apunta que no es posible transformar la esfera macro de lo social si no interrogamos sobre quiénes somos y tomamos las riendas de la subjetividad que la propia esfera social produce, si no desviamos nuestras pulsiones hacia la vida⁹.

Y, en este revolvernos hacia la vida, traer el pasado reciente al ahora, echar la mirada un pelín atrás y preguntarse quiénes han experimentado previamente mundologías similares y en qué condiciones habían resistido y desplegado imaginación política y también críticas y autocríticas, puede permitirnos imaginar nuevos circuitos para relaciones alegres. Los sujetos raros y las políticas extrañas, que no forman parte de ninguna historia central, hacen que la mirada se revuelva hacia lo subalterno, donde el feminismo y lo queer tienen una gran experiencia acumulada de contactos tan productivos como subversivos y liberadores.

Plegarse al tacto

“Lo más profundo es la piel”; esta frase estoica, extraña, misteriosa y bella del poeta francés Paul Valery supone mucha sabiduría y entraña toda una ética que nos recuerda que sólo somos seres en superficie¹⁰. Es a través de este gran órgano, la piel, que devenimos cuerpos sintientes. La piel nos pone en contacto, almacenando y regulando delicadas transmisiones que

configuran todo nuestro organismo viviente y la infinita red de códigos que activa, cada uno de ellos singulares, sorprendentes, imprescindibles, insustituibles y únicos.

En muchos aspectos, el tacto es difícil de investigar y de representar. Todos los demás sentidos tienen un órgano clave que puede ser estudiado e incluso aislado para tal objetivo. Para el tacto, ese órgano es la piel, en su extensión profunda es la carne, y es el órgano más extenso que tenemos en nuestro cuerpo. La piel es vital para el organismo, pero lo es especialmente para el organismo social y afectivo. Los pliegues táctiles sirven para detectar sensaciones de todo tipo, y las sensaciones o la ausencia de ellas son una de las funciones que determina nuestra experiencia como individuos y como sociedad; la conciencia las utiliza para establecer relaciones, orientaciones, interacciones en el espacio exterior, con los otros, y en el espacio interior, con nosotros mismos. Parece que es imposible sobrevivir, cultural y biológicamente hablando, sin las funciones que desempeña la piel. Mientras que en la vista no podemos ver nuestros ojos y en el oído no podemos percibir nuestra facultad de oír, en el tacto tocamos nuestra propia capacidad de tocar y ser tocados, una acción reflexiva que conforma desde que nacemos nuestra subjetividad. El contacto con otro cuerpo es, por lo tanto, a la vez y en primer lugar contacto con nosotros mismos¹¹.

¿Qué pasa cuando, de alguna manera, se cortocircuitan estas funciones bioculturales de la piel? Esta es la pregunta inicial con la que empezamos a pensar la exposición *Con Tacto. Políticas y poéticas de la tocabilidad*¹² en un contexto, el marcado por la crisis de la covid-19, donde la separación física y simbólica entre dos o más cuerpos ha alcanzado un punto álgido, no solo en nuestras propias biografías sino en la historia de nuestra propia civilización. Una crisis sanitaria que deviene, entre otras, en una crisis del contacto, que además de determinar las condiciones, las políticas, de vida y muerte, ha delimitado, o problematizado, las geografías sociales y culturales de quien se expone o no al tacto. ¿Qué significa, entonces, tocar y ser tocado?

El tacto, con el olfato, es el último en la jerarquía de los sentidos que establece e inicia en preponderancia y universalidad la vista y su correlato en el arte, pero es, sin embargo, en su ocultamiento, el primero de ellos a la hora de establecer bienestar y placer, porque en él se genera algo parecido a un sujeto, a una subjetividad individual y social a la vez; en el sentido de relacional, de afectado, de vinculado. Una subjetividad que en la vista y en los otros sentidos está de alguna manera abstractamente presupuesta. El tacto nos hace reales y cercanos al mundo de lo particular, es el sentido de lo concreto y es irrepetible. Nosotros nos experimentamos a nosotros mismos por primera vez cuando, al tocar otro cuerpo, tocamos,

sentimos a la vez nuestra propia carne modificándose en sus texturas, colores y sabores. Si se aboliera o restringiera drásticamente el contacto, tal como han experimentado algunos sujetos a lo largo del tiempo debido a su identidad sexual, racial, de clase o expresión serológica, o por manifestaciones del VIH u otras enfermedades, prejuicios o estigmas, o en mayor o menor medida tod+s este último año pandémico; si se mantuviera todo y a tod+s a distancia de manera prologada o permanente, perderíamos entonces no sólo la experiencia de otros cuerpos, sino que, ante todo, estaríamos perdiendo cualquier experiencia inmediata de nosotr+s mism+s, perderíamos pura y llanamente nuestra carne.

La covid, si bien ha socavado profundamente el sentido del tacto, también, y paradójicamente, nos devuelve una conciencia aguda y radical de su relevancia como condición de posibilidad de una esfera pública y una privada que se miran esperando ser tocadas, afectadas; reflejándose y proyectándose solo en su posibilidad de contacto. El espacio público, como miedo al contagio, imposibilita no sólo un sujeto político sino que desdibuja al propio individuo en su aislamiento. Cuando nos perdemos de vista hay depresión, pero cuando no hay tacto hay paranoia.

Tocar es el primer modo al que accedemos de niñ+s para vincularnos a l+s que nos reciben y nos cuidan, una condición previa que nos permitirá un poco más adelante acceder al lenguaje verbal, y a la lengua materna, y también a la sonrisa y al llanto. Tocar para conocer y relacionarnos con un mundo por descubrir, tocar como gesto iniciático de sentir ese mundo y reconocernos en él como cuerpo que toca el cuerpo de los demás, el de los que te acarician y te mecen y te calman y te alimentan o ¿te maltratan? Succionar, besar, lamer, chupar con todo un cuerpo bebé. La herencia del tacto, y del tacto no, en cada cuerpo. Tocar los objetos, los animales, los árboles, el agua, tocar y ser tocada por más y más personas y cosas que ya nos habitarán para siempre. El mundo se expande y se alegra o se contrae y se entristece traumáticamente en la experiencia del tacto-no tacto.

Dos: tiempos borrosos

No se puede pensar en sujetos y sociedades alegres o saludables si se prescinde del contacto cuerpo con cuerpo, piel con piel, mundo con mundo, especialmente cuando ese cuerpo, social y físico, es sorprendido o queda atrapado en la vulnerabilidad o en la fragilidad, la que ocasiona la enfermedad, el miedo, la amenaza, el prejuicio, el estigma, la pobreza, la pérdida, y necesita de la generosidad, el mimo, el cobijo de otra para sentir. Desde la salud mental dicen "es difícil sostener la prohibición de tocar, de acercarse, en un escenario de máxima vulnerabilidad en el que necesitamos buscar el cobijo del otro, su olor, ese territorio inexpugnable que es su

cuerpo cuando hemos construido un vínculo seguro”¹³. Negar, prohibir el contacto se convertiría de esta manera en un acto de rechazo, de miedo, pero también de crueldad y de abandono y en última instancia de locura y de extinción. Tocar, acercarse, es imprescindible cuando la palabra y cuando la pantalla no están disponibles o simplemente actúan como placebo a muy corto plazo.

La experiencia de ser o no ser tocad+s altera en mayor o menor medida la vivencia del cuerpo, el espacio que ocupa ese cuerpo, su desplazamiento, su emoción del otro, la imposibilidad del encuentro o el encuentro furtivo y desobediente. Cuerpos sospechosos que requieren de una nueva disciplina científica social que revele o invente su verdad, cuerpos abocados a un agotamiento que imposibilita el deseo, cuerpos acotados, previsibles en su invisibilización o estigma, con rasgos y síntomas claros que determinen su hospitalización o encierro, sus posibilidades de vida y muerte. Cuerpos que se alejan, que van menguando, que van perdiendo carne con cada toque de queda, con cada cierre perimetral, con cada cierre de fronteras, con cada recambio de mascarilla, con cada cita en Zoom, con cada amig+ no velad+. Cuerpos que no dejan rastro, cuya huella indetectable hay que limpiar, desinfectar, que no pueden tocar ni ser tocados. Cuerpos ininteligibles, imprecisos donde la dimensión del yo se desbarata, donde la relación con el otro, ahora cortocircuitada y vigilada, produce naufragios, extravíos, violencias entre fronteras dérmicas, entre fronteras que también son políticas. Cuerpos que desaparecen entre paredes de hospital, entre llamadas de teléfono, entre concertinas, en el desierto, en una noche de luna nueva y mar en calma. Muertos en vida, zombis, desaparecidos, ausentes.

Vivimos tiempos borrosos. Los actos, los ritos y nuestros propios cuerpos han cambiado de significado. Alejarse y acercarse al otro puede encarnar un conflicto irresoluble, dependiendo ¿de qué?, ¿de quién? En palabras del psicoanalista Didier Anzieu, “toda prohibición es una interfaz que separa dos regiones del espacio psíquico dotadas de cualidades psíquicas diferentes. La prohibición del tocar separa la región de lo familiar, región protegida y protectora, de la región de lo extraño, inquietante, peligroso”¹⁴. Quizás por ello, la distancia social tiene sentidos, y consecuencias, tan diversos dependiendo de nuestras vivencias de apego y desapego y de las experiencias y sentidos que tengamos y esperamos del otro. Las subjetividades quedan diluidas en una masa informe y mimetizadas con un escenario que tiende a homogeneizar a todos los ciudadanos reduciendo el contacto al cuidado médico, a curar a l+s contagiad+s y a la evitación del contagio. Personal sanitario agotado, desgastado, aburrido y ¿enfadado? Mientras, la comunidad, y con ella la cordura, desaparece.

Tres: políticas y poéticas de la tocabilidad

En el cuerpo a cuerpo existen todas las posibilidades, todos los grados y matices relacionales; el cuerpo expresa sus conflictos, pone resistencia y añade placer; insiste, reclama, juega, desiste y se retira porque el cuerpo puede ser fuente de daño y de cuidado y protección. La pantalla nos coloca en el lugar de espectadores pasivos, reduce el ángulo de visión haciendo que lo que está fuera de foco se convierta en fantasmático. Nos expulsa a un afuera donde no hay nada a lo que agarrarse, a lo no vivido, desactiva lo comunitario y borra los límites entre lo realmente acontecido y lo no acontecido. Nos hace irreales.

La vida no puede sostenerse sin cuidados, pero ¿a quién se llama?, ¿quién responde y quién acude o puede acudir a esa llamada? En medio del trauma que genera esta crisis sanitaria, esta crisis social del tacto, ¿qué pueden decir, paradójicamente, de lo irrepresentable del tacto las prácticas de representación, las prácticas artísticas? ¿Pueden la voz, la música, la imagen, el dibujo ser los medios por los que circulen los entresijos del vínculo táctil cuando el cuerpo está inaccesible? ¿Pueden contener lo que está desbordado o romper los diques que ya existían, pueden nutrir o extenuar, llenar huecos o crearlos? ¿Pueden redibujar un cuerpo borrado, señalar y curar heridas, vislumbrar una respuesta al dolor, a la impotencia que produce la ausencia del cuerpo del otro? ¿Cómo volver a poner el cuerpo en toda su materialidad en lugar de una interfaz tecnológica que calma y desampara al mismo tiempo? ¿Podría un desconcierto estético, en palabras de Halberstam¹⁵, indicar contextos estéticos mucho más amplios que nos alerten de situaciones imposibles o contradictorias que nos avisan de la complejidad de la vida actual?

El conjunto de las obras que dialogaron en esta exposición no pretende representar el con-tacto o su ausencia, más bien juega el papel de abrir un interrogante en torno al trauma personal y social que hemos estado transitando, que nos atravesó, y sobre la forma en que son expuestos los cuerpos, en su tocabilidad y en su distanciamiento. Los interrogantes de partida tomaron cuerpo principalmente a través de la experiencia vivida y transmitida del subalterno; de la feminista, de la queer, de la bollera, del enfermo, del trans*, del negr+, del migrante, del marica. A través de la imaginación que despliegan estas criaturas salvajes, nos quisimos preguntar sobre la posibilidad de reinventar la figura humana en el espacio mismo de una comunidad quebrada, herida y, en última instancia, atravesada históricamente por el dolor y la exclusión, y hoy profundamente desconcertada. ¿Qué nuevas figuras podríamos imaginar para restablecer una política poetizante y deseante del contacto?, los lugares para su encuentro, las estéticas de su movimiento, la semiótica de su presencia, ¿la erótica en su revuelta? Conscientes de que hay situaciones que no se

pueden resolver artísticamente, ni narrativamente, ni tan si quiera poéticamente —porque el desconcierto lo es con el lenguaje mismo, perdiendo no sólo el sentido de dónde una está sino de quién una es—, pero también a través de esta perplejidad-vírica del colapso que nos invade, se abre la posibilidad de nuevos marcos epistemológicos y nuevas formas de vida, donde el con-tacto pueda tomar cierta avanzadilla y nos envuelva y revuelva con el otro, con las otras.

Con Tacto. Políticas y poéticas de la tocabilidad, ha sido un proyecto que se inauguró en marzo de 2021 con una presencialidad regulada y mediatizada por la pandemia después de un año de ausencia de cuerpos en las salas de arte. Se desplegó en dos salas como un pequeño ensayo colectivo, como una zona de contacto, donde una docena de artistas reflexionaron con sus obras sobre el con-tacto, en su exceso, en su regulación, en su carencia, pero también en su utopía erótica, sanadora y liberadora; sobre la necesidad de generar nuevas poéticas, estéticas, vínculos y vehículos para su redefinición. Y lo hicieron con piezas producidas antes, incluso mucho antes, de la pandemia de la covid-19, piezas, casi todas ellas, pre-pandémicas, que, sin embargo, interrogan con mucha potencia la realidad que atravesamos en ese, este, presente.

María Hamilton (aka Materia-Hache) como artista-DJ, compone una sesión-instalación que es una invitación a bailar como fórmula para el cuidado, la reflexión y la resistencia colectiva de los cuerpos. En sus propias palabras:

Se trata de hacer política en/con/de la fiesta como una posible forma de vida: intensificación, derroche, exceso, vida consumida en vivir y no en sobrevivir. Una traducción siempre en curso; una posición, un distanciamiento, una respuesta provisional y, como tal, una apuesta: la fiesta como políticas de la noche, como acción donde poder tocar crear, desear, sentir nuevos imaginarios que pongan en jaque, desplacen, cuestionen el imaginario cis-heterocapitalista impuesto; donde dejarnos atravesar por la música y bailar —sentimientos primarios y salvajes—, bailar con ferocidad y asimetría entre lo zigzagueante y lo desgarrado sacudiendo la armonía preestablecida con una gestualidad sin pudor en busca de la agitación. Cuerpos al servicio del placer para imaginar, construir, compartir nuevos relatos de resistencia.



Stay House, Sisters, Materia Hache, 2021.

Por su parte, la artista española afincada en Berlín Marisa Maza aborda las tensiones —distancia y cercanía, afirmación y rechazo— entre el género y la colonialidad en una vídeoinstalación realizada en Colombia en la que se entrevista a Candelaria, activista transgénero afrocolombiana. Esta obra llena el espacio mediante la proyección de dos videos: *Michel* y *Amazonas*. Candelaria, quien tuvo que abandonar a su familia, a sus amigos y también su lugar de nacimiento, relata sus experiencias más personales que van desde la violencia y la exclusión social a la aceptación individual y el auto-empoderamiento a través del encuentro público y el uso de nuevos espacios sociales con su nueva tribu. En contraposición, en la proyección de *Amazonas* el público se sumerge en un viaje por la región amazónica entre Colombia, Perú y Brasil. Al mismo tiempo que parece abrirse un mundo de ensueño que recrea la naturaleza exótica, también se convierte en una pesadilla, en un viaje hacia la nada, en un paisaje idílico que se repite y se recrea en sí mismo imposibilitando la posibilidad de fuga, de transformación.



Ni Para Ya – Ni Para Ca —identidades fluidas—, Marisa Maza, 2018-2019.

Abundando también en su propia historia personal y biografía colonial, Lizette Nin, artista dominicana, se centra en la cuestión de la piel y la distancia que impone la racialización sobre los cuerpos de la población negra antillana y lo que oculta la propia biografía colonial. La imposibilidad de contactar con una memoria que dé cuenta del presente individual y colectivo atrapado en la historia silenciada y violentada por la colonia. Y sobre el que planea un sueño: imaginar un Caribe más allá del turista, “un Caribe que aún sigue esclavizado y colonizado, e imaginar las manos invisibles que tocan la caña, para hacer la azúcar que se consume en muchas partes del mundo”.



Alberto, Lizette Nin, 2020.

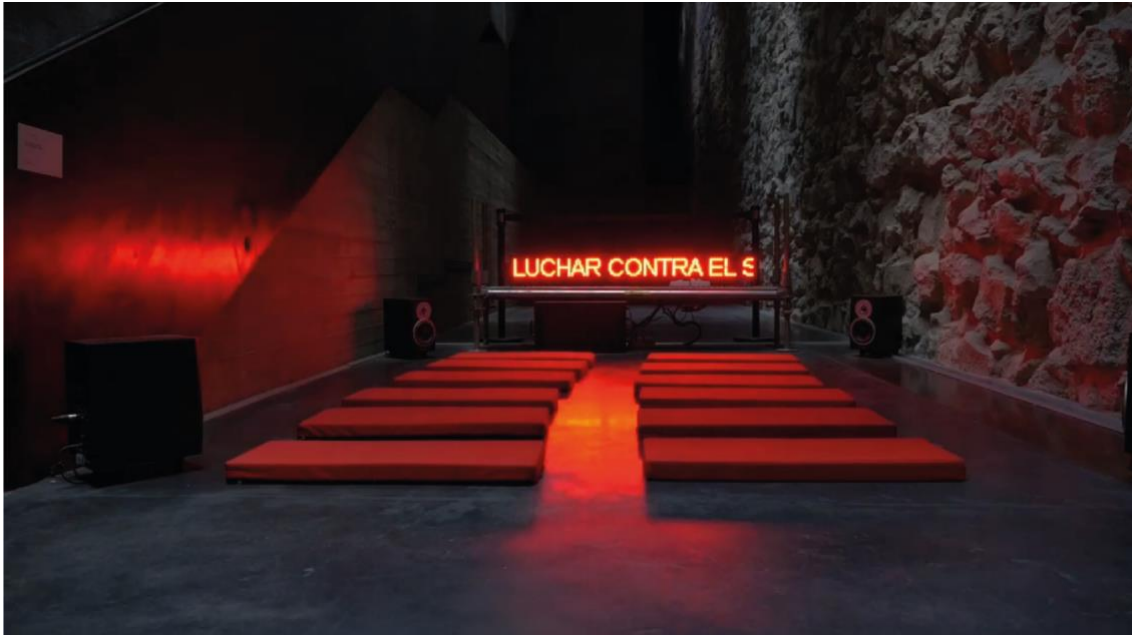
El colectivo español formado por Marta de Gonzalo y Publio Pérez, que trabaja desde el relato, la cultura popular y la pedagogía crítica, reflexiona en una pieza audiovisual sobre el concepto de la pulcritud como síntoma, un síntoma más de distanciamiento y paranoia social que jerarquiza y excluye las posibilidades de encuentro y los cuerpos en contacto:

**“Cuando acabe esta canción
encontrarás que las prácticas
del deseo de pureza,
limpieza e higiene,
ensucian tu vida
por dentro,
ensucian tu vida
por dentro,
por dentro”.**



Canción de la armonía y del mundo, Marta de Gonzalo y Publio Pérez, 2004.

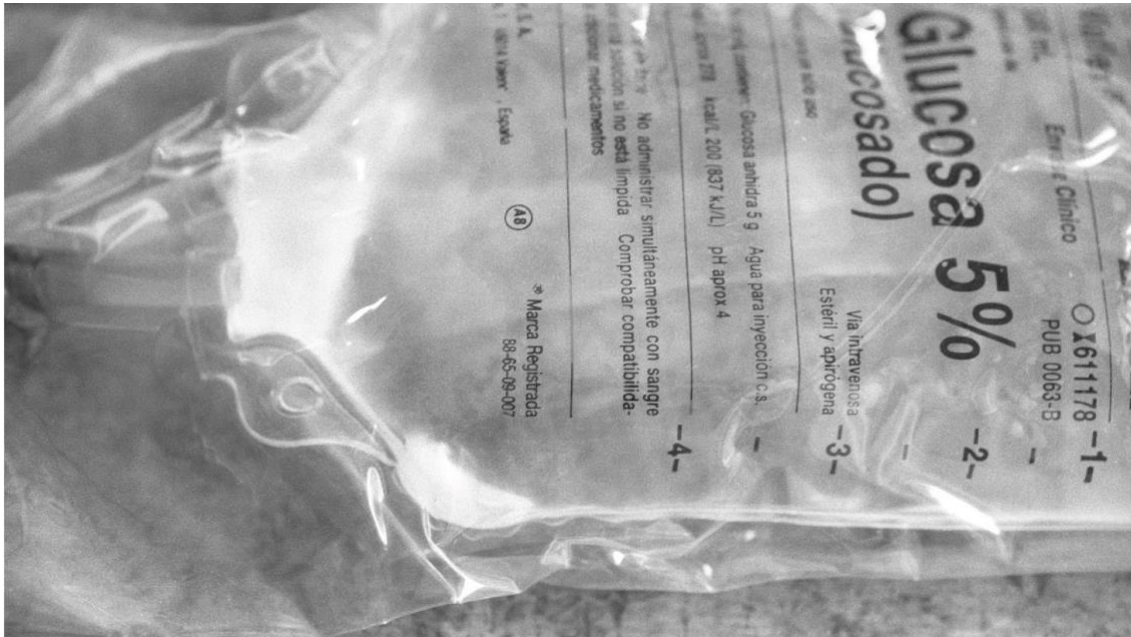
Floy Krouchi y Fefa Vila se alían para plantear una instalación, una evocación sonora que reactive el contacto y la erótica de un deseo colectivo, rabiosos, feminista, bollero, para el gozo y la revuelta.



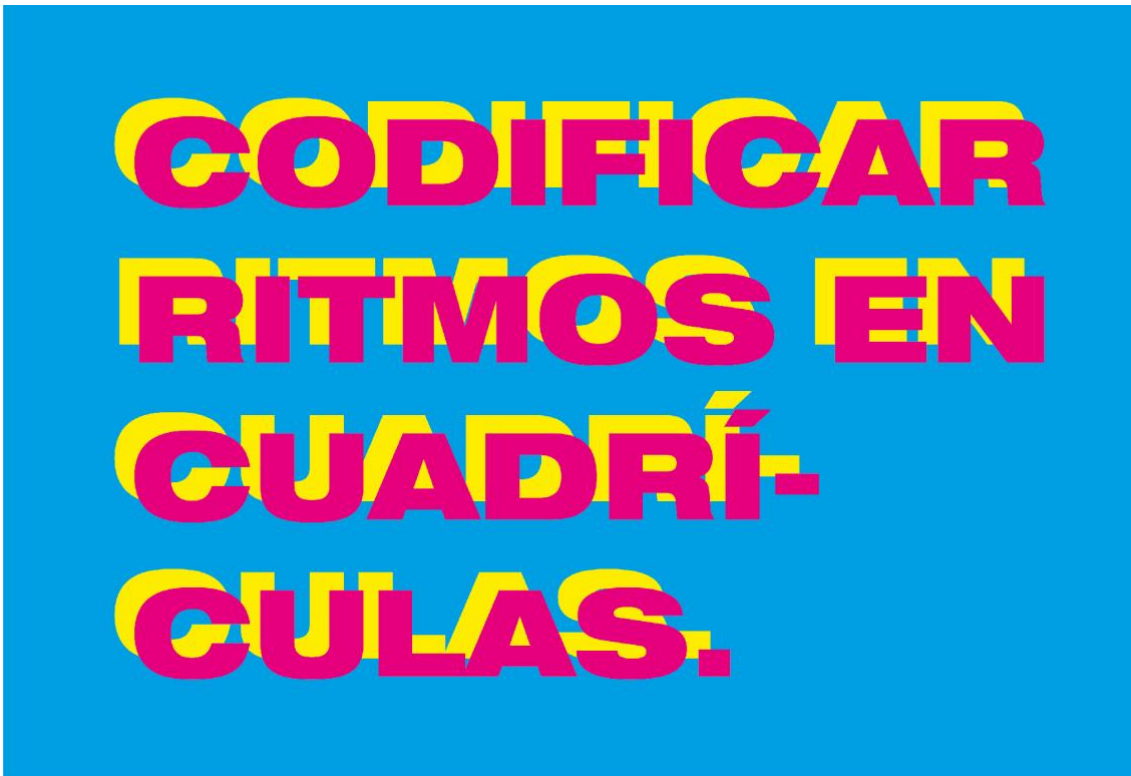
Tanto deseo, Floy Krouchi y Fefa Vila, 2016.

Xoan Anleo, artista gallego, el alicantino Pepe Miralles, así como el coreógrafo catalán Aimar Pérez Galí, desde diferentes formatos, interrogan la relación entre arte y enfermedad, arte y cuidado, arte y estigma y sida. Ecos de las políticas de vida y muerte, de amor y odio encarnadas y marcadas por el VIH-sida y que afectaron de una manera central a las comunidades maricas, entre otras, en todo el mundo. En el horizonte de Miralles aparece, invisible todavía:

[...] un dildo de dos cabezas: darnos por el culo con el culo, abandonando la erección y habitando la blandura. Estimular hace que adentre y a la vez ayuda a entrar de manera sintónica, con una frecuencia determinada y a dos bandas: insertivas y receptivas. No hay presencia ni acción, en esta nueva política del *contacto*, de la verga. Todos los cuerpos pueden restablecerse.



El libro de los cuidados, Pepe Miralles, 2018-2019.



Correspondencias, Xoán Anleo, 2018.

Donde continúa Aimar:

[...] la danza, construya lugares para el encuentro, la celebración y el gozo de los cuerpos en movimiento sin un objetivo productivista, es decir, por el placer mismo. Recuperar o re-imaginar esos lugares de celebración de los cuerpos gozosos. Algo parecido a lo que ocurría en los clubs nocturnos antes de esta nueva epidemia. Hay una revolución por llegar que ocurrirá en la oscuridad, alejada del ocular-centrismo neoliberal, liberando los cuerpos de su imagen proyectada y dejándose llevar por el deseo de la exploración intrépida y tridimensional del tacto.



The touching community, Aimar Pérez Galí, 2017.

A Diego del Pozo, los afectos, la piel y el tacto le sirven para tratar en su video las nociones del contacto como contagios de nuevos lenguajes y formas de comunicación en comunidades reales que siempre un poder termina por desactivar, por prohibir. El interrogante acaricia la duda e insiste en tocar, no en dominar:

[...] en dudar, poner en crisis todas las certezas. Abrazar la vulnerabilidad. En dejarse atravesar por la fuerza del erotismo, para combatir las políticas violentas del odio contra el planeta y contra quienes no encajan en los parámetros de normalidad y naturalidad establecidos. Agujerar el sentido de todo aquello que se ha tornado autoritario, neoliberal, que produzca miedo como estrategia de control, que estreche las potencias del deseo.



Tocar, No Dominar, Diego del Pozo, 2019.

Andrés Senra abre con su obra el debate sobre la distancia y la virtualización del contacto físico por medio de las aplicaciones sexuales que utilizan las maricas como una experiencia impotente, en cuyo reverso leemos la potencia de un deseo que quiere ser:

[...] una experiencia que trascienda el binarismo subjetivo-objetivo, una experiencia que alternativamente podría situar en mi cuerpo y en el cuerpo otre, una experiencia posible de ¿contacto?¹⁶ No pensándola, experimentándola desde nuestra identidad múltiple como un crisol de las infinitas interacciones con otros seres vivos y no vivos, identidades efímeras que generan la ilusión de un yo permanente, de una experiencia unificada. Los afectos, como pasiones moleculares en atracción y repulsión, aparecen y desaparecen a la conciencia, nos atraviesan por oleadas de energía que nacen en puntos localizados y deslocalizados de los cuerpos que se tocan. Solo así el contacto trasciende la experiencia en el propio cuerpo y se transforma en deseo que une, deseo que se revuelve, deseo que se rebela, deseo que nace en y entre los cuerpos que anhelan ese contacto del que han sido privados.



Postrauma, Andrés Senra, 2018.

Y, finalmente, le artiste murciane Coco Guzmán intervino directamente sobre las paredes de las dos salas de exposiciones mediante la realización de dibujos expandidos que ahondan en la textura y la *tactibilidad* como experiencias de un sentido erótico, errático, manchado, arrugado, expandido en y hacia lo queer. Romperse en cachos, para en su encuentro tocar y sentir la belleza de esas nuevas formas.



La perversidad de la arruga, Coco Guzmán, 2021.

Cuatro: desconcierto y punto de con-tacto

Comencemos por reivindicar un nuevo estatus de inteligibilidad para el tacto. Hagámoslo desde es-culturas queer, feministas, criaturas salvajes que en la búsqueda de la belleza transmutan y se expanden hacia un espacio infinito de contacto, “artistas que quieren volver la vida más salvaje, repensar la naturaleza e introducir el desconcierto”¹⁷. Perder la forma que establece la mirada y el sentido donde se está: desorientarse para adentrarse a nombrar una nueva ética, una poética del contacto que nos alerte sobre la complejidad y las posibilidades infinitas de la vida y donde la tactabilidad y sus fusiones se vuelvan inquietantes para eso que han llamado “nueva normalidad”.

Bibliografía

Agamben, G., "Filosofía del contacto", en "Una voce", en *Quodlibet*, 5 de enero de 2020.

Anzieu, D., *El yo piel*, Barcelona, Biblioteca Nueva, 2007.

Butler, J., *El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Butler, J., "Apuntes para una teoría performativa de la asamblea", en *Revista Caja Muda*, número 9, 2017.

Deleuze, G., *La lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 1989.

Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011.

Didi-Huberman, G., "Volver sensible/hacer sensible", en VV. AA., *¿Qué es el pueblo?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014, pp. 69-99.

Halberstam, J., *Criaturas salvajes. El desorden del deseo*, Madrid, Egales, 2020.

Haraway, D., *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chtuleceno*, Bilbao, Consonni, 2019.

Malabou, C., "La foule", en Marie Louis Mallet (dir.), *La démocratie à venir. Autour de Jaques Derrida*, París, Galilée, 2006, pp. 153-166.

Muñiz, E., *Rehabilitación en tiempos de COVID*, Asociación Madrileña de Salud Mental (ASM), Boletín número 47, 2021.

Nancy, J.L., *La frágil piel del mundo*, Madrid, De Conatus, 2021.

Rolnik, S., *Esferas de insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2019.

Vila, F., *Con Tacto. Políticas y poéticas de la Tocabilidad*, Alicante, UMH, 2021.

Notas

¹ Este artículo tiene como contexto y subtexto la exposición que he comisariado bajo el título *Con Tacto. Políticas y poéticas de la tocabilidad*, que tuvo lugar en el Rectorado de la Universidad Miguel Hernández en Elche entre marzo y mayo de 2021.

² Me lo traigo de Catherine Malabou en "La foule", publicado originalmente en Marie Louis Mallet (dir.), *La démocratie à venir. Autour de Jaques Derrida*, París, Galilée, 2006, pp. 153-166. Traducido al castellano en 2010 como "La muchedumbre".

³ Butler, J., *El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

-
- ⁴ Nancy, J. L., *La frágil piel del mundo*, Madrid, De Conatus, 2021.
- ⁵ Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011.
- ⁶ Haraway, D., *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chtuleceno*, Bilbao, Consonni, 2019, pp. 63- 64.
- ⁷ Didi-Huberman, G., "Volver sensible/hacer sensible", en VV. AA., *¿Qué es el pueblo?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014, p. 69.
- ⁸ Butler, J., "Apuntes para una teoría performativa de la asamblea", en *Revista Caja Muda*, número 9, 2017.
- ⁹ Es uno de los argumentos principales de la psicoanalista y escritora Suely Rolnik en su obra *Esferas de insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2019.
- ¹⁰ Deleuze, G., *La lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 1989.
- ¹¹ Agamben, G., "Filosofía del contacto", en "Una voce", en *Quodlibet*, 5 de enero de 2020.
- ¹² La exposición, comisariada por la autora de este artículo, tuvo lugar en Elche, entre marzo y junio de 2021, financiada y patrocinada por el Vicerrectorado de Cultura de la Universidad Miguel Hernández de Alicante. De esta exposición se ha publicado un catálogo con el mismo título bajo mi propia dirección.
- ¹³ Muñiz, E., *Rehabilitación en tiempos de COVID*, Asociación Madrileña de Salud Mental (ASM), boletín número 47, 2021, p. 28.
- ¹⁴ Anzieu, D., *El yo piel*, Barcelona, Biblioteca Nueva, 2007, p. 159.
- ¹⁵ Halberstam, J., *Criaturas Salvajes. El desorden del deseo*, Madrid, Egales, 2020, p. 129.
- ¹⁶ El interrogante es de la propia autora.
- ¹⁷ Halberstam, J. *óp. cit.*, p. 129.